

**Hester, Helen y Srnicek, Nick (2024).  
Después del trabajo. *Una historia del hogar  
y la lucha por el tiempo libre*  
(Maximiliano Gonnet, Trad.). Caja Negra Editora, 283**

Clàudia Sánchez Vidal  
Universidad Complutense de Madrid 

<https://dx.doi.org/10.5209/ltdl.99547>

Las reflexiones en torno al postrabajo no son nuevas. Sin embargo, a raíz de los cambios culturales, económicos y políticos experimentados en las sociedades occidentales desde las últimas décadas del siglo XX, ha surgido una nueva oleada de estudios que reflexionan en torno a una sociedad después del trabajo. Nick Srnicek, uno de los autores de este libro, está a la vanguardia de este tipo de propuestas. Sus trabajos ofrecen una alternativa a la ética del trabajo imperante con el propósito ulterior de independizar a los individuos del salario en aras de una vida más deseable. Helen Hester, por otro lado, es una académica feminista y miembro del colectivo Laboria Cuboniks, centrada en investigaciones en torno a la reproducción social. En este libro, Hester y Srnicek unen fuerzas para pensar el postrabajo desde la óptica del trabajo doméstico y de los cuidados.

Como ellos mismos señalan, “el pensamiento del postrabajo se enfoca casi exclusivamente en el trabajo asalariado y, sobre todo, en las industrias y los empleos dominados por hombres. A raíz de ello, el trabajo de la reproducción social (...) es en gran medida desatendido en las especulaciones sobre ‘el fin del trabajo’” (p. 12). En muchos casos, el trabajo reproductivo es concebido como una capacidad natural de las mujeres, como un esfuerzo que se hace por amor e, incluso, como una forma de resistencia postcapitalista. Además, si bien es posible pensar en un mundo en el que robots realicen el trabajo que ahora llevan a cabo seres humanos en fábricas, granjas o almacenes, contribuyendo a liberar el tiempo de estos últimos, cabe preguntarse si acaso es deseable que ocurra lo mismo en el caso de la mayoría de trabajos reproductivos. ¿Es siquiera posible automatizar estas tareas? La reducción de jornada laboral doméstica “¿no supondría meramente una disminución del cuidado (...), con lo que se perpetuaría y profundizaría el abandono que ya de por sí sienten muchos destinatarios del cuidado?” (pp. 13-14). Con estas cuestiones abren un libro que pretende mostrar no solo que no es imposible incluir el trabajo reproductivo en las propuestas del postrabajo, sino también que estos proyectos solo podrán realizarse plenamente si se toma en consideración esta otra esfera de actividad.

Partiendo de la idea de que el trabajo asalariado, en el sistema capitalista, es en sí mismo una forma de dominación, opresión y explotación, y que, por tanto, este no puede ser concebido como vía de liberación de la carga del trabajo doméstico para las mujeres –que ya no se ven obligadas a quedarse en casa, sino todo lo contrario–, los autores desarrollan un proyecto normativo acerca de la reproducción social que (1) reconoce el trabajo reproductivo como trabajo, (2) lo reduce todo lo posible y (3) redistribuye el trabajo restante de forma equitativa. El libro se organiza, entonces, a partir de cuatro bloques temáticos y una conclusión, en la que se presentan una serie de propuestas para implementarlo.

Tras una introducción que establece el marco de su reflexión, el segundo capítulo, “Tecnologías”, se inicia con un análisis de la promesa histórica de la tecnología de reducir el tiempo dedicado al trabajo socialmente reproductivo, evaluando hasta qué punto dicha promesa ha quedado incumplida. Para ilustrarlo, los autores recurren a la paradoja de Cowan, según la cual, a pesar de los nuevos dispositivos pensados para el ahorro de trabajo en el hogar, el tiempo dedicado al trabajo doméstico no disminuyó en los cien años que van desde 1870 hasta 1970. En el capítulo tercero, “Estándares”, estudian una de las causas de que esa reducción del tiempo de trabajo no se haya producido: el aumento de los estándares y de las expectativas sobre el hogar, sobre todo en términos de limpieza y crianza. El cuarto capítulo, basándose en la idea de que la familia nuclear es, al menos en parte, “una respuesta adaptativa al sistema económico en el que se enmarca”, explora la posibilidad de imaginar nuevos modelos de organización social y reproductiva para un mundo

que se aleje del ideal del trabajo asalariado y la acumulación de capital. En el quinto capítulo, el análisis se centra en la casa misma, el espacio en el que suele ocurrir la mayor parte del trabajo social reproductivo. Así, se traerán a colación distintos experimentos históricos que permiten pensar nuevas formas arquitectónicas y de organización social en las que podría desarrollarse el proyecto normativo del postrabajo en el ámbito de los cuidados. Finalmente, y como ya se ha anunciado, en el capítulo sexto, Hester y Srnicek presentarán de forma más específica algunas alternativas, fruto de los análisis realizados en los capítulos anteriores. Su propuesta normativa se elaborará, por tanto, en torno a tres ejes: el cuidado colectivo, el lujo público y la soberanía temporal, todo con el objetivo de que este libro sirva como una contribución más en favor de la lucha por el tiempo libre.

En el capítulo dedicado al estudio de las tecnologías de uso doméstico, los autores muestran que durante las primeras décadas del siglo XX los medios de reproducción social se transformaron totalmente. Con la aparición de los hornos a gas, aceite y electricidad; de los congeladores y, más adelante, de las lavadoras, el trabajo de cocina y limpieza se redujo considerablemente, a la vez que muchas de las tareas que se realizaban hasta el momento fuera del hogar fueron poco a poco desplazándose a su interior. Sin embargo, desde los comienzos de la revolución industrial del hogar hasta hoy, la situación ha cambiado considerablemente. Si bien parecía que gracias a estas transformaciones el tiempo dedicado al trabajo doméstico iba a reducirse, los autores tratan de demostrar que esto no fue así. Este tipo de trabajo sufrió un proceso de individualización, dejando muchas tareas que antes eran realizadas colectivamente en manos de las amas de casa, lo que provocó tanto “la ampliación de algunas responsabilidades ya existentes como la adición de otras nuevas” (p. 43). Se hizo patente que, en muchos casos, estas nuevas tecnologías no tenían como objetivo reducir el tiempo o el trabajo, sino más bien “la eliminación de las dificultades y la disminución de las molestias” de determinadas tareas (p. 62). Asimismo, en el ámbito de la crianza, la reciente aparición de las plataformas digitales ha producido efectos un tanto perversos: se han automatizado los aspectos más disfrutables del cuidado —como el juego— mediante pantallas, mientras que los aspectos más rutinarios permanecen intactos (p. 54). La conclusión a la que llegan los autores es clara: no tenemos las tecnologías que nos merecemos. En lugar de poner las máquinas a nuestro servicio, hemos modificado nuestras vidas para adaptarlas mejor a las máquinas. Es así que Hester y Srnicek insisten en la urgencia de pensar formas de organización social que le den la vuelta a esta realidad en favor del aumento y disfrute del tiempo libre disponible.

Sin embargo, para explicar la forma en que el trabajo de reproducción social ha terminado colonizando nuestro tiempo libre —sobre todo el de las mujeres— no basta solo con analizar el papel de las tecnologías. Los estándares y las expectativas en torno al cuidado y la limpieza no han parado de crecer desde la estandarización del hogar como el lugar en el que se llevan a cabo este tipo de tareas. Es así que en el tercer capítulo tratan de pensar cómo reducir “el poder disciplinario de ciertas expectativas sociales” (p. 85). Si nuestras nociones de *lo sucio* y *lo limpio* están construidas socialmente, hay algo que podemos hacer para disminuir la presión, muchas veces ejercida sobre cuerpos feminizados, de mantener unos estándares casi imposibles. La revolución industrial del hogar vino acompañada de la implementación de dispositivos disciplinarios que aún hoy incentivan sentimientos como la culpa cuando las responsables de las tareas reproductivas no cumplen con las expectativas sociales que hay sobre estas.

Es interesante destacar aquí uno de los elementos más importantes y que más tiempo requiere del trabajo reproductivo: el cuidado de la infancia. Si bien los niños pequeños, en los países de la OCDE, pasan un promedio de 30 horas a la semana en guarderías formales, las horas dedicadas a su cuidado por parte de las familias está aumentando (pp. 104-105). Hester y Srnicek son muy claros: lo que ha cambiado es la naturaleza del tiempo que se les dedica a los hijos. Ahora los padres y madres “llenan su tiempo investigando las mejores actividades en las que inscribir a sus hijos, coordinando múltiples horarios, transportando a los niños de un lugar a otro y (...) aprendiendo a la par que ellos para poder apoyar su desarrollo” (pp. 108-109). Además, los autores destacan las diferencias entre las familias ricas y las pobres: las desigualdades no hacen más que crecer y, a medida que se asciende en el sistema de clases, las familias tienden a dedicar más tiempo a sus hijos, aunque sea de forma pasiva, gracias a sus posibilidades económicas.

A todo esto se añade lo que podemos llamar el imperativo del trabajo o de la productividad. No solo sentimos que debemos ser productivos constantemente sino que, además, tratamos de monetizar nuestros hobbies haciendo que el imperativo de la productividad se apodere también de nuestro tiempo libre. En definitiva, Hester y Srnicek reconocen que, bajo las condiciones capitalistas, el trabajo reproductivo implica que la tarea última de aquellos que lo realizan consiste en convertir a los individuos en trabajadores dóciles y explotables. Así, parece necesario, “transformar las estructuras que imponen” ciertos estándares de cuidado, limpieza y trabajo para poder “determinar y autolegislar colectivamente los tipos de normas con las cuales queríamos comprometernos” (p. 119).

Después del trabajo otorga a la esfera doméstica un sentido de oportunidad política de la que ha estado privada durante demasiado tiempo. Para pensarlo, proponen el concepto de “realismo doméstico” —en consonancia con el concepto de “realismo capitalista” acuñado por Mark Fisher— para hacer referencia al “fenómeno por el cual la vivienda aislada (y la concomitante privatización del trabajo doméstico) pasa a estar tan aceptada (...) que resulta casi imposible imaginar que la vida se pueda organizar de cualquier otra forma” (pp. 177-178). Contra esta situación, en el quinto capítulo, Hester y Srnicek llevarán a cabo un recorrido histórico que va desde la comuna rusa de principios de siglo XX hasta algunos contraimaginarios comunales como *Drop city* y el movimiento *landdyke*, pasando por las invenciones de la cocina Frankfurt o la vivienda para las masas de la Viena Roja. Estas últimas trataron de ofrecer soluciones arquitectónicas a los problemas de eficiencia que imperaban en el ámbito del trabajo doméstico. Sin embargo, con estos

ejemplos, señalan Helen y Srnicek, se hace patente que “la lucha por una mejor calidad de vida” debe centrarse no solo en la mejora de las viviendas unifamiliares, sino “en una idea más amplia del lujo comunal” (p. 200). En un mundo en el que la vivienda se ha convertido en un bien de mercado, lo que les interesa a los autores es subrayar “el efecto paralizante que esto tiene sobre (...) la posibilidad de reimaginar el hogar desde una perspectiva feminista del postrabajo” (p. 220). A fin de cuentas, en la medida en que esta sea vista y tratada como mercancía, va a ser muy difícil no solo pensar, sino sobre todo crear otras formas de vivienda más emancipatorias. Es por ello que, acercándonos hacia el final del libro, se hace patente que es necesario un cambio cultural de mayor alcance.

El objetivo de esta obra escrita a cuatro manos es pensar una sociedad postcapitalista en la que se amplíe el ámbito de la libertad para que las personas puedan responder de forma significativa a la pregunta “¿qué debemos hacer con nuestro tiempo?”. En este sentido, este libro es un trabajo excepcional de utopismo aplicado. La máxima que subyace a todo el desarrollo es esta: el pensamiento del postrabajo no ha profundizado lo suficiente en nuestra miseria colectiva. Así, esta obra consigue imaginar la utopía concreta de una vida después del trabajo a la vez que muestra todo el trabajo que sigue realizándose una vez la jornada laboral ha terminado. Hay una cantidad enorme de tareas, en la mayoría de los casos no remuneradas, que no se han tenido en cuenta en el pensamiento del postrabajo, a saber: atender al hogar, criar a los hijos, cuidar de los mayores o de los enfermos. Se trata de poner en evidencia la enorme carga de cuidados que pesa sobre nuestras vidas colectivas y que permanece invisible e impensada, fuera del alcance de nuestras herramientas críticas para pensar mundos mejores. Además, dicha carga está gobernada por las normas patriarciales, dependiendo la mayoría de las veces de la mano de obra de sujetos femeninos –y, en los hogares más ricos, de sujetos femeninos migrantes y/o racializados. Es por todo ello que Hester y Srnicek defienden que la única forma de llevar a cabo una auténtica revolución post-laboral es desobrericar todos los cuidados, utilizando las tecnologías que hay a nuestro alcance y nuestro poder colectivo para liberar a todas aquellas personas que se debaten silenciosamente bajo esta carga invisibilizada.

Es desde aquí, y partiendo de una preocupación fundamental acerca de la libertad en un sentido positivo, es decir, de la libertad “para comprometernos con y ensamblar identidades, normas y mundos sociales” (p. 233), que Hester y Srnicek construyen su proyecto normativo. Como se anunciaba más arriba, este está constituido al menos por tres principios básicos. El primero, el *cuidado comunal*, entendido como la transformación y la expansión emancipatoria de las relaciones de cuidados. El segundo, el *lujo público*, que proporcionaría la infraestructura necesaria para la colectivización de una parte del trabajo doméstico, lo que traería consigo una expansión de la libertad al ofrecer opciones colectivas en un ámbito en el que ahora son más bien escasas. Y, en tercer lugar, la *soberanía temporal*, que no solo tiene que ver con gozar de libertad para dedicar nuestro tiempo a lo que sea que deseemos a nivel individual, sino con crear nuestras propias normas y obligaciones a nivel colectivo, permitiendo que la cuestión acerca de qué debemos hacer, y cómo, esté siempre abierta a impugnaciones. Porque el ámbito de la libertad no puede estar exento de obligaciones.

Hester y Srnicek se centran en tres núcleos fundamentales que han sido determinantes para el desarrollo del trabajo reproductivo hasta hoy: las tecnologías, los estándares y los espacios. Si bien no se trata de realizar análisis profundos acerca de cómo afecta cada uno de estos ámbitos a la organización de este tipo de tareas, algo que supondría escribir al menos tres libros, su obra sirve como un mapa a partir del cual seguir pensando el postrabajo desde una perspectiva que incluya esta otra esfera de actividad. Además, tras el esbozo de algunas alternativas históricas a la organización social alrededor del hogar de la familia nuclear y heterosexual, dejan la puerta abierta para seguir preguntándonos qué no funcionó en esos ejemplos y cómo podríamos construir alternativas que fueran más idóneas para nuestro tiempo.

En suma, este libro pretende, a grandes rasgos, lo mismo que la mayoría de los estudios acerca del postrabajo: sentar las bases para una vida libre de trabajo asalariado y más allá del capitalismo. Sin embargo, sus autores hacen muy bien en no obviar el hecho de que muchas de las tareas dedicadas a los cuidados son necesarias y deseables también en una sociedad postcapitalista. La cuestión, entonces, no es tanto cómo eliminar ciertas esferas de actividad, sino más bien cómo organizar la vida colectiva de tal manera que se logre disminuir al máximo posible la parte menos gratificante de este tipo de tareas, a la vez que se mantiene un nivel más o menos alto de bienestar y cuidado colectivo. En este sentido, podemos afirmar que se trata de una obra eminentemente política: solo si luchamos en favor del tiempo libre estaremos en condiciones de determinar y decidir qué queremos hacer con nuestras vidas finitas. Así, en el centro está la pregunta por la libertad en las sociedades occidentales contemporáneas, que ya no puede ser pensada desde un punto de vista individualista. Solo si creamos instituciones a través de las cuales podamos guiar consciente y colectivamente el desarrollo de la humanidad podremos liberar nuestro tiempo y decidir qué hacer con él.